

CAPITULO XVII.

LOS CIUDADANOS DE LAS DOS CIUDADES.

SUMARIO.—Los hombres, ciudadanos de las dos Ciudades — Peligros de que están rodeadas su existencia física y su vida espiritual.—Solicitaciones incesantes de los príncipes de la Ciudad del mal.—Medios de defensa dados por el Espíritu Santo.—La esclavitud, la vergüenza, el castigo esperan al hombre que se sale de la Ciudad del bien.—La esclavitud, primer salario del que deserta de la Ciudad del bien.—Lo que es la libertad.—Hermosa definición de Santo Tomás.—Cuadro de la esclavitud á que se condena el tráfuga de la Ciudad del bien.

Toda sociedad se divide en dos clases: gobernantes y gobernados: conocemos ya á los reyes y á los príncipes de la Ciudad del bien y de la del mal. ¿Quiénes son los ciudadanos de entrambas? Tal es la cuestion á que vamos ahora á responder.

Los ciudadanos ó súbditos de la Ciudad del bien y de la del mal son todos los hombres. La razon, la experiencia y la fe nos lo han dicho: no hay tres ciudades; no hay más que dos. Es preciso que el hombre, haga lo que haga, llámese como quiera, sea cual fuere su rango, pertenezca á la una ó á la otra. Esta alternativa es del todo indeclinable: comenzada con la vida, no concluye tampoco con la muerte: unida al doble cuadro del mundo angélico y satánico, que acaba de pasar ante nuestros ojos, nos revela la verdadera posicion del hombre sobre la tierra. ¿Quién puede ponerse á considerarla, sin conmoverse hasta en lo más profundo de su sér?

Nuestro cuerpo, frágil como una copa de cristal, vive en-

tre dos fuerzas espantosas, cuyo antagonismo podria sernos fatal á cada segundo. Segun los cálculos de la ciencia, la columna de aire que pesa sobre cada uno de nosotros, representa un peso de 20,000 libras. ¿Quién nos salva de la destruccion? Unicamente el aire que tenemos dentro, al rededor y debajo de nosotros. Este aire resiste á la masa superior y hace posible la vida. Que llegue á romperse el equilibrio, y al momento el hombre queda aplastado.

Lo mismo sucede con nuestra alma. Este vive de su verdadera vida, la vida de la gracia, entre dos poderes enemigos de fuerza incalculable. Al equilibrio de estos dos poderes debe ella el evitar la ruina eterna. La conservacion, pues, de nuestra vida espiritual es un milagro, no menos continuo ni menos admirable, pero sí mucho más digno de agradecimiento, que la conservacion de nuestra vida física.

En idénticas condiciones está evidentemente colocada la conservacion de las sociedades. La influencia más ó menos determinante del mundo angélico, ó del satánico, explican las alternativas de luces y tinieblas, crímenes y virtudes, libertades y esclavitudes, gloria y vergüenza, prosperidades y catástrofes, que los anales de la humanidad señalan sucesivamente. Tal es la verdadera filosofía de la historia. La prueba irrecusable de este hecho, revelador de la elevacion y la caida de los imperios, es la historia misma de la Ciudad del bien y de la del mal: muy pronto la bosquejaremos á grandes rasgos.

Observemos entretanto, que una sola cosa constituye, en lo moral como en lo físico, todo el peligro de la situacion: la ruptura del equilibrio. La cual se verifica, en el orden espiritual, siempre que el hombre da la preponderancia sobre sí mismo al Espíritu del mal mejor que al Espíritu del bien; cosa que depende de él, unicamente de él. A fin de

apartarle de este acto de culpable locura, á que le incitan sin cesar los príncipes de la Ciudad del mal, el Espíritu Santo no se contenta con proporcionarle todos los medios de resistencia; le hace ver también las consecuencias de su felonía. Estas son terribles, repentinas, inevitables: esclavitud, afrenta, castigo. Triple baluarte de que el Espíritu Santo rodea su venturosa Ciudad del bien, para preservar á los súbditos de la tentación de salirse de ella.

La esclavitud. La libertad es hija de la verdad: *Veritas liberabit vos.* Solo la Ciudad del bien, regida por el Espíritu de verdad, es la patria de la libertad. ¡Que al desertar de ella para irse á la Ciudad del mal, aprendan los tráfugas á avergonzarse! No, ellos no glorifican la libertad; sino que lo deshonran. No marchan á la conquista de la independencia; sino que se convierten en esclavos: ó mejor dicho, lo son ya. Tiempo há, que la lógica y la fé han pronunciado su sentencia.

La libertad no consiste en hacer el mal; sino en evitarlo. Cuanto más lo evita, más libre es uno. "Lo que es el libre albedrío al elegir los medios conducentes al fin, eso mismo es el entendimiento al deducir las conclusiones de sus principios. Mas es cosa manifiesta que pertenece á la perfección del entendimiento el que deduzca las diversas conclusiones con arreglo á los principios establecidos. Pero al deducir alguna conclusión saliéndose del orden de los principios, esto es defecto del mismo entendimiento. Por lo tanto, que el libre albedrío pueda elegir diferentes cosas guardando relación con el fin, esto pertenece á la relación de su libertad. Pero el que elija algo en contra de su fin, lo cual es pecar, esto pertenece á la imperfección de la libertad. Y así más libertad de libre albedrío tienen los ángeles que no pueden pecar, que no nosotros que podemos pecar (1)."

1. S. T., I. p. q. LXII, art. 8, ad 3.

Tal es pues la doctrina del Ángel de las escuelas: la libertad es la facultad de obrar bien, como el entendimiento lo es de conocer lo verdadero. La posibilidad de hacer el mal no es la esencia de la libertad; como la posibilidad de equivocarse no es la esencia del entendimiento; como la posibilidad de estar enfermo no es la esencia de la salud. La impecabilidad es la perfección de la libertad; como la infalibilidad es la perfección del entendimiento; como la ausencia de la enfermedad es la perfección de la salud.

Luego ser pecable es un defecto de la libertad; como ser falible lo es en el entendimiento; como ser enfermizo lo es en la salud. Infírese de aquí que cuanto más peca el hombre, más demuestra la debilidad de su libre albedrío; del mismo modo que cuanto más uno se engaña, más patentiza la debilidad de su razón, y cuanto más enfermo esté uno, más pruebas da de la endebles de su salud. Es también claro, que pecando y desvariando, más y más el hombre se degrada y hace despreciable; porque se aproxima más al niño que no tiene todavía ni libertad ni entendimiento, ó al insensato que ya no los tiene, ó á la bestia que nunca los tendrá.

Esta verdad fundamental es la primera armadura de que el Espíritu Santo nos reviste, el primer motivo que da al hombre para que eternamente se mantenga dentro de la Ciudad del bien. Muchos no lo comprenden. Seducidos por el príncipe de la Ciudad del mal, gran número de ellos suelen considerar el día en que se emancipan del Espíritu Santo, como el día natural de su libertad. ¡Pobres ciegos! ¡Que una vez siquiera vean la verdad cara á cara! Nada les es más fácil! Grabada está en la esclavitud de todas las facultades de su alma en la degradación de todos los miem-

bros de su cuerpo, en todas las súcias páginas de su vida, falsamente independiente.

Jóvenes ó viejos, ricos ó pobres, hombres de letras ó iliteratos, que por haber desertado de la Ciudad del bien, hecho traición á los votos de vuestro bautismo y renegado de la fé de vuestra infancia y de las prácticas de vuestros abuelos, os creis libres, ¿lo sois? Verdad es, que andais con la frente erguida y resuelto continente. En vuestros labios aparece la gesticulación de la risa y vuestra frente va como cubierta con la máscara de la alegría. Por el son metálico de vuestra voz, por el tono decisivo de vuestras palabras, se os podría tomar por los regentes de la humanidad. Y sin embargo, no sois más que esclavos, esclavos sin ventura, esclavos de la peor especie.

En lugar de un solo Señor, Altísimo y Santísimo, á quien rehusais servir segun su voluntad, servís á tantos amos, cuantas son las innobles inclinaciones que hay dentro de vosotros, cuantas son las criaturas que fuera de vosotros os pueden proporcionar ó disputar el insigne honor de satisfacer esas mismas inclinaciones innobles. Y les servís, no como quereis vosotros; sino como ellos quieren. Como amos despiadados os arrastran con la cuerda al cuello, ú os echan con el azote en la mano á todos los tenebrosos caminos del mal.

Llevados lejos de vuestro país natal, habeis olvidado el camino de nuestros templos; pero sabeis de memoria el camino de los teatros y de otros lugares. El cáliz del Dios-Redentor, en que con la vida se bebe la virtud, el honor, la libertad, la paz del alma y de los sentidos, os causa fastidio. . . . y bebeis á grandes tragos el cáliz del demonio, donde con la muerte se bebe el crimen, la afrenta, la esclavitud, la fiebre del alma y los furores de la desesperacion.

Considerandoos demasiado grandes vosotros mismos para echaros las insignias protectoras de la Reina de los Cielos, llevais en dijes de oro los cabellos. . . . de una cortesana. Como sois hombres y no ángeles, teneis que amar la carne. ¿No habeis querido amar la carne inmaculada del Hombre-Dios? Amareis la carne inmunda de una criatura inmunda.

En vano, querriais alguna vez respirar el aire de la libertad. Pajarillos enligados con pérfidos reclamos, no podeis tomar el vuelo. A cada tentativa, una voz despiadada, la voz de vuestros amos, masculinos ó femeninos, os grita al punto. Nada de resistencia; eres mio. Al darme tu voluntad, te diste á mí todo entero. Dame tu dinero, dame tus noches; dame el color rosado de tus mejillas; dame la paz de tu alma; dame la salud de tu cuerpo; dame la alegría de tu madre; dame las esperanzas de tu padre; dame la honra de tu nombre. . . . y se les dais, ¿Sois libres?

¡Silencio esclavos! No profaneis pronunciándola una palabra que os acusa. Esclavos en vuestra inteligencia, tiranizada por la duda y el error; esclavos en vuestro corazón, tiranizado por apetitos bestiales, ¿qué es vuestra vida sino una tela llena de manchas? Y la historia de vuestra vida, ¿qué es sino la historia de un esclavo? ¡Desventurados! ¡Qué no podeis entrar en vuestra conciencia, sin oír allí una voz que os acusa; ni podeis mirar vuestras manos, sin ver en ellas la marca de los hierros; ni vuestros piés, sin encontrar en ellos el grillete del forzado! ¡Hijos de un rey convertidos en porqueros, ved ahí lo que sois! ¡Ufanos podeis estar! (1).

La esclavitud del alma: he aquí lo que encuentran todos los que sacan el pié del circuito de la Ciudad del bien. Y eso es lo que encontrarán eternamente; porque escrito está:

1. Misit illum in villam suam ut pasceret porcos. *Luc. xv, 15.*

“Donde habita el Espíritu del Señor, allí (y solamente allí) habita la libertad (1).”

Pues bien, en el mundo moral como en el material, es una ley, que la parte superior se lleva tras de sí á la inferior, *major pars trahit ad se minorem*. A la esclavitud del alma se sigue necesariamente la esclavitud del cuerpo; por consiguiente, la esclavitud social. No se repetirá nunca bastante; y sobre todo en nuestros días. La libertad civil y política no se encuentra, ni en la punta de un puñal, ni en la boca de un cañon, ni en los adoquines de una barricada. Es hija, no de un papel, ni de una ley, ni de una forma cualquiera de gobierno; sino de la libertad moral. Todo pueblo corrompido, diga lo que diga y haga lo que haga, es un esclavo de nacimiento. La libertad moral supone la fé; la fé es la verdad; la Verdad no reside más que en la Ciudad del bien.

¿Quereis la prueba? Tomad un mapa-mundi. Junto al despotismo del error, ¿qué os muestra? Por todas partes el despotismo del oro, el despotismo de la carne, el despotismo de la materia; y sobre todos estos despotismos el despotismo del sable. ¿Qué viene pues á ser una necesidad que sacude el yugo del Espíritu Santo? Los mismos paganos, testigos nada sospechosos, responden: “Es un rebaño en feria, dispuesto á venderse al que más dé (2).” La historia moderna, lo mismo que la antigua, ni por asomo desmiente esa respuesta.

¿Cómo es tratado el rebaño humano? Como él se lo merece. Satanás, á quien se entrega abandonando al Espíritu Santo, le pone amos como escogidos por su mano. Neron, Eliogábalo, Dioclesiano y tantos otros se encargan de hacer

1. Ubi autem Spiritus Dei, ibi libertas. II, Cor. iii, 17.

2. Urbem venalem et mature perituram, si emptorem invenerit. Palabras de Yugurta en *Salústio*.

gustar al hombre emancipado las dulzuras de la libertad que se disfruta en la Ciudad del mal. Por un efecto de su justicia misericordiosa, Dios mismo permite la elevacion de estos tigres coronados. A propósito de esto, la historia refiere un hecho que hace pensar: Como los pueblos suelen tener el gobierno que merecen, una bestia cruel, llamada Focas se sentaba en el trono imperial de Roma. De órden suya la sangre corria á torrentes, y la bestia la bebia con delicia. Un solitario de la Tebaida, indignado no ménos que afligido de este espectáculo, se dirige á Dios y le dice. ¿Por qué, oh Dios mio, le habeis hecho emperador? Y Dios le responde: *Porque no he encontrado otro peor* (1).

Así, la primera ventaja que los hombres reportan de habitar en la Ciudad del bien es conservar la libertad con todas sus glorias: y la pérdida de este tesoro y caer en la esclavitud es su primer castigo, si se atreve á salir de ella.

1. Domine qui fascite eum imperatorem. Atque vox ad eum venit á Deo, dicens: Quia non inveni pejorem. *Anast. Nicen., in Quaes. S. Script., quæs. xv.*